

Catecismo 1809 Distinción de las virtudes cardinales:

La Templanza

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 1809: La *templanza*

La *templanza* es la virtud moral que modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados.

- modera la atracción de los placeres

Sentir la "atracción de los placeres de la vida" no es malo; sería malo no sentir una inclinación, sería signo de un desequilibrio.

Existe un "**apetito concupiscible**", que no es malo; lo malo sería no tener moderación en ello.

ES un acicate, que la pasión natural del hombre, hace que crezca y luche en la vida.

-procura el equilibrio en el uso de los bienes creados

Los bienes creados, han de ser usados y utilizados por el hombre "para buscar la mayor gloria de Dios, el bien común y el bien personal". Somos nosotros los que "usamos los bienes"; no podemos "ser poseídos por ellos"

La virtud de la templanza, es la que te permite "**Tener como si no tuvieses**", siendo "dueño" de las cosas; teniendo un señorío sobre las cosas.

No hay que tener miedo, por estar rodeado de los bienes materiales, pensando que eso es "materialismo". El materialismo es cuando no tenemos templanza ante los bienes materiales

Continúa este punto:

Asegura el dominio de la voluntad sobre los instintos y mantiene los deseos en los límites de la honestidad. La persona moderada orienta hacia el bien sus apetitos sensibles, guarda una sana discreción y no se deja arrastrar "para seguir la pasión de su corazón" (cf *Si* 5,2; 37, 27-31).

La persona que tiene la virtud de la templanza; es aquella que mantiene un orden en su mundo interior; donde existe una jerarquía, donde **"la razón gobierna en la voluntad; y la voluntad gobierna en los instintos sensibles"**.

Para explicarlo de otra forma:

El hombre que vive la virtud de la templanza, tiene la voluntad que es la que "ordena su apetencia":

Con la virtud de la templanza: **¿Qué me apetece...?: lo que quiero.**

Sin la virtud de la templanza: **¿Qué quiero...?: lo que me apetece.**

Hoy en día se confunde con mucha frecuencia: "voluntad con apetencia". Estamos sometidos con frecuencia (con la misma) a esa "dictadura de esa inmoderación de nuestra propia apetencia".

Esta cultura nuestra está bombardeando con mensajes donde hay una continua incitación de la sensualidad y de todo tipo instintos, que parece que son ellos "el criterio de actuación". El hecho de que la publicidad, para vendernos un coche, usan un mensaje de incitación a la sensualidad: no se dice nada de las cuestiones técnicas, pero sale con una chica despampanante sentada en el capo...

Es decir: que no es una decisión iluminada por la razón, sino que este suscitando e ti una apetencia.

Esto es evidente.

La publicidad hoy en día está planteada para que el hombre no sea "templado".

Si el hombre se enfrentase al consumo, desde la virtud de la templanza, muchísimas de las campañas publicitarias dejarían de tener razón de ser. De hecho, la mayoría de las campañas, procuran de una forma activa que "el hombre deje de ser templado", en la manera de relacionarse con su consumo. Como se usa el apetito sexual para centrarnos en un capricho determinado: "*es que me he encaprichado...*"; y hay muchas personas que tiene una relación en la manera de comprar, que casi responde a un impulso que no es "racional": "*date un capricho!*"; y eso es comprar una cosa que no necesitas.

Es muy importante la virtud de la templanza. "¿Es mi voluntad la que es dueña de mis apetencias, o más bien quiero lo que me apetece...?".

Esta virtud esta infundida en el llamado "apetito concupiscible".

Decíamos que Santo Tomas decía:

-La virtud de la fortaleza estimulaba el apetito irascible ("**el que resiste al mal, o el que se esfuerza en conquistar un bien arduo**").

-La virtud de la templanza "**refrena**" el apetito concupiscible (el placer sensitivo y sensual).

Como decíamos al principio, es bueno que exista esa atracción natural. El hombre y se goza y se alegra con deleites muy diversos, de muchos generos. Algunos son más espirituales, como por ejemplo el placer de escuchar música, otros más corporales: una buena comida; en algunas ocasiones pueden estar mezclados: una cena en casa de unos amigos: la amistad, la comida, la música...

El hombre ha sido creado de esta manera por Dios: "**Con una atracción hacia los bienes naturales**"; pero esta la virtud de la templanza para moderar esa atracción. Ahí está la atracción del hombre hacia la mujer, y de la mujer hacia el hombre, que es muy fuerte; y Dios también la ha creado de esa manera intensa; porque así se asegura la conservación del individuo y de la especie.

La virtud de la Templanza no "**destruye esa inclinación**"; si la destruyese no sería virtud. Pero nos libra de la "intemperancia" o de la insensibilidad. Porque no es bueno que el hombre sea insensible hacia la atracción natural, nosotros no tenemos una virtud estoica del "no sentir", pero al mismo tiempo es necesario ordenar esos sentimientos que tenemos.

Santo Tomas de Aquino dice que "*Aunque la virtud de la templanza no sea la más importante de las virtudes cardinales; sin embargo sin ella no existen las demás. Hasta el punto de que el hombre no puede elevar su espíritu si tiene el lastre de una sensibilidad desordenada. La purificación ascética del espíritu es previa al desarrollo del espíritu.*"

Dicho de otra manera: Que la persona que está a merced del imperio de la dictadura de sus instintos y estos esclavos de ellos es incapaz de la vida espiritual.

Continúa este punto:

La templanza es a menudo alabada en el Antiguo Testamento: "No vayas detrás de tus pasiones, tus deseos refrena" (Sl 18, 30). En el Nuevo Testamento es llamada "moderación" o "sobriedad". Debemos "vivir con moderación, justicia y piedad en el siglo presente" (Tt 2, 12).

Vamos a ver, el cómo esta virtud está ligada a otras muchas, y también refrena los vicios contrarios:

-La templanza modera la "**curiosidad en el hombre**". Que es el deseo ilimitado de noticias, conocimientos... etc.

-La templanza modera la "**Avidez, esa ansiedad de experiencias nuevas, de tener cosas..**" Ese apetito de consumir todo o visible y lo sensible.

-La templanza, no solo está atemperando los deseos físicos, sino también los deseos del corazón.

En este punto del catecismo se hace una referencia al punto 2517:

El corazón es la sede de la personalidad moral: "de dentro del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones" (Mt 15, 19). La lucha contra la concupiscencia de la carne pasa por la purificación del corazón.

La virtud de la templanza no solo es un "luchar contra la carne", sino que también es un "purificar el corazón". **Ser pobre de espíritu, poner tu corazón en Dios.**

Salmo 130:

1 *No está inflado, Yahveh, mi corazón,*
2 *ni mis ojos subidos.*
3 *No he tomado un camino de grandezas*
4 *ni de prodigios que me vienen anchos.*
2 *No, mantengo mi alma en paz y silencio*
Como niño destetado en el regazo de su madre.
¡Como niño destetado está mi alma en mí!

3 *¡Espera, Israel, en Yahveh
Desde ahora y por siempre!*

También hay muchas virtudes que están ligadas a la templanza:

-**La abstinencia:** Es la sobriedad que regula en la fe y en la caridad el consumo de la bebida y de la comida.

-**La castidad:** Es uno de los "capítulos de la templanza".

-**La clemencia:** Ser clemente es una moderación frente a la reacción cruel.

-**La mansedumbre:** ordena el movimiento de ira, según la caridad.

Desde el principio, los monjes, cultivaron frente a al "primer impulso": la mansedumbre; manifestando a un hombre interior en paz.

Es importante contemplar la "**mansedumbre de Jesucristo**" como fuente, como escuela: "*Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*". El Señor trataba con dulzura a niños, pecadores, discípulos, enfermos, enemigos... a todo el mundo. Incluso, cuando El cogió el látigo en la explanada del templo, también estaba viviendo "en templanza" ese momento.

Como hemos dicho antes, la templanza no es "no sentir"; la templanza tiene que saber integrar "moderadamente" la "indignación".

Porque podemos pensar que la persona que tiene la virtud de la templanza "no se enfada nunca"; y eso no es así: "Hay que saber enfadarse".

La cuestión es que hay que saber enfadarse, no por tonterías, ni enfadarse a destiempo.

Ahí está la virtud de la templanza para "la medida, la forma, y la moderación"... ¡El Señor se enfadó, y no por ello perdió la virtud de la templanza cuando cogió el látigo y expulsó a los mercaderes del templo.

Santo Tomas de Aquino dice "**Que la virtud de la humildad se considera una virtud derivada de la virtud de la templanza**".

Quiero volver a hacer referencia a las catequesis del papa Juan Pablo II en las audiencias de los miércoles, al principio de su pontificado. En los apuntes que se encontraron del Papa Juan Pablo estaban estas catequesis, que el propio Juan Pablo II fue lo primero que hizo: darlas en las primeras audiencias:

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL: LA TEMPLANZA

Miércoles 22 de noviembre de 1978

http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/audiences/1978/documents/hf_jp-ii_aud_19781122_sp.html

1. En las audiencias de mi ministerio pontificio he procurado ejecutar el "testamento" de mi predecesor predilecto Juan Pablo I. Como ya es sabido, no ha dejado un testamento escrito, porque la muerte le acogió de forma inesperada y de repente; pero ha dejado algunos apuntes de los que resulta que se había propuesto hablar, en los primeros encuentros del miércoles, sobre los principios fundamentales de la vida cristiana, o sea, sobre las tres virtudes teologales —y esto

tuvo tiempo de hacerlo él—, y después, sobre las cuatro virtudes cardinales —y esto lo está haciendo su indigno Sucesor—. Hoy ha llegado el turno de hablar de la cuarta virtud cardinal, la “templanza”, llevando así a término en cierto modo el programa de Juan Pablo I, en el que podemos ver como el testamento del Pontífice fallecido....

3. El mismo término “templanza” parece referirse en cierto modo a lo que está fuera del hombre. En efecto, decimos que es moderado el que no abusa de la comida, la bebida o el placer; el que no toma bebidas alcohólicas inmoderadamente, no enajena la propia conciencia por el uso de estupefacientes, etc. Pero esta referencia a elementos externos al hombre tiene la base dentro del hombre. Es como si en cada uno de nosotros existiera un “yo superior” y un “yo inferior”. En nuestro “yo inferior” viene expresado nuestro cuerpo y todo lo que le pertenece: necesidades, deseos y pasiones, sobre todo las de naturaleza sensual. La virtud de la templanza garantiza a cada hombre el dominio del “yo superior” sobre el “yo inferior”. ¿Supone acaso dicha virtud humillación de nuestro cuerpo? ¿O quizá va en menoscabo del mismo? Al contrario, este dominio da mayor valor al cuerpo. La virtud de la templanza hace que el cuerpo y los sentidos encuentren el puesto exacto que les corresponde en nuestro ser humano.

El hombre moderado es el que es dueño de sí. **Aquel en que las pasiones no predominan sobre la razón, la voluntad e incluso el “corazón”. ¡El hombre que sabe dominarse!** Si esto es así, nos damos cuenta fácilmente del valor tan fundamental y radical que tiene la virtud de la templanza. **Esta resulta nada menos que indispensable para que el hombre “sea” plenamente hombre.** Basta ver a alguien que ha llegado a ser “víctima” de las pasiones que lo arrastran, renunciando por sí mismo al uso de la razón (como por ejemplo un alcohólico, un drogado), y constatamos que “ser hombre” quiere decir respetar la propia dignidad y, por ello y además de otras cosas, dejarse guiar por la virtud de la templanza.

Juan Pablo II hace una referencia importante y es que "**la virtud de la templanza es importante para respetarte a ti mismo; para tener autoestima**" (de la cual tanto se habla hoy en día).

Es imposible que el hombre tenga autoestima si no vive la virtud de la templanza; si le falta, se despreciara. Viendo como es arrastrado por sus pasiones, esclavitudes, "esa ira que no controlo y me hace perder los papeles, y hago el ridículo...", esa dependencia del alcohol, esa impureza que me esclaviza...

El hombre no se quiere a sí mismo. Le cuesta aceptarse. De hecho es uno de los motivos por los que, hoy el hombre, tiene más "autodesprecio". No se ve a sí mismo con dignidad.

Sigue esta catequesis de Juan Pablo II:

4. A esta virtud se la llama también “sobriedad”. Es verdaderamente acertado que sea así. Pues, en efecto, para poder dominar las propias pasiones: la concupiscencia de la carne, las explosiones de la sensualidad (por ejemplo, en las relaciones con el otro sexo), etc., no debemos ir más allá del límite justo en relación con nosotros mismos y nuestro “yo inferior”. Si no respetamos este justo límite, no seremos capaces de dominarnos.

Esto no quiere decir que el hombre virtuoso, sobrio, no pueda ser “espontáneo”, ni pueda gozar, ni pueda llorar, ni pueda expresar los propios sentimientos; es decir, no significa que deba hacerse insensible, “indiferente”, como si fuera de hielo o de piedra. ¡No! ¡De ninguna manera! Es suficiente mirar a Jesús para convencerse de ello.

Jamás se ha identificado la moral cristiana con la estoica. Al contrario, considerando toda la riqueza de afectos y emotividad de que todos los hombres están dotados —si bien de modo distinto: de un modo el hombre y de otro la mujer, a causa de la propia sensibilidad—, hay que reconocer que el hombre no puede alcanzar esta espontaneidad madura, si no es a través de un laborío sobre sí mismo y una “vigilancia” particular sobre todo su comportamiento. En esto consiste, por tanto, la virtud de la “sobriedad”.

La virtud de la sobriedad está al servicio de la templanza.

Una explicación: *Es bueno ser espontáneo; pero para que esa espontaneidad no sea una esclavitud de las pasiones necesita de la virtud de la sobriedad.*

El que no es capaz de decirse que "no" a sí mismo (incluso como ejercicio de dominio de sus pasiones); lo que él llama espontaneidad será una "dictadura de los instintos".

*5. Pienso también que esta virtud exige de cada uno de nosotros una humildad específica en relación con los dones que Dios ha puesto en nuestra naturaleza humana. Yo diría la “humildad del cuerpo” y la “del corazón”. Esta humildad es condición imprescindible para la “armonía” interior del hombre, para la belleza “interior” del hombre. **Reflexionemos bien sobre ello todos, y en particular los jóvenes y, más aún, las jóvenes en la edad en que hay tanto afán de ser hermosos o hermosas para agradar a los otros.** Acordémonos de que el hombre debe ser hermoso sobre todo interiormente. Sin esta belleza todos los esfuerzos encaminados al cuerpo no harán —ni de él, ni de ella— una persona verdaderamente hermosa.*

Por otra parte, ¿no es precisamente el cuerpo el que padece perjuicios sensibles y con frecuencia graves para la salud, si al hombre le falta la virtud de la templanza, de la sobriedad? A este propósito podrían decir mucho las estadísticas y las fichas clínicas de todos los hospitales del mundo. También tienen gran experiencia de ello los médicos que trabajan en consultorios a los que acuden esposos, novios y jóvenes. Es verdad que no podemos Juzgar la virtud basándonos exclusivamente en criterios de la salud psico-física; pero sin embargo, hay pruebas abundantes de que la falta de virtud, de templanza, de sobriedad, perjudican a la salud.

De esto saben mucho los servicios de urgencias de los hospitales: los comas etílicos, las anorexias, las bulimias... El cuerpo es víctima.

En esta catequesis, Juan Pablo II, proponía los jóvenes, como ideal: "Procurar que el *cuidado de lo corporal para resultar atractivos, no esté ligado a la belleza interior*". Al final cuando dos jóvenes se casan, se unen, (han de unirse), no tanto por el atractivo físico exterior, sino por la belleza interior.

Este punto del catecismo concluye con una cita de San Agustín:

«Vivir bien no es otra cosa que amar a Dios con todo el corazón, con toda el ama y con todo el obrar.

Quien no obedece más que a Él, lo cual pertenece a la justicia; quien vela para discernir todas las cosas por miedo a dejarse por la astucia y la mentira, lo cual pertenece a la prudencia, le entrega un amor entero por la templanza; que ninguna desgracia puede derribar, lo cual pertenece a la fortaleza.

San Agustín llama a la templanza "amor entero"; porque lo que hace es "gobernar la atracción" hacia los apetitos sensibles, y de esa manera "hace que el amor no haya sido partido".

Amando al Señor no solo espiritualmente, sino también sensiblemente.

El "amor entero" es un ideal que pedimos al Señor, para que nos de la gracia de poder amar con esta virtud de la templanza.

Lo dejamos aquí.